

# **LOS LOBOS DE LA LUNA**

**FRANK QUASAR**

© Frank Quasar 2007  
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.  
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

**PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL**

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción  
**IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA**  
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

**CAPÍTULO 2**  
**primera parte**

UNA PERIODISTA CURIOSA

## 2

*Fluir con el esfuerzo, respirar. Respirar. Eso es, nena, sólo necesitas un poquito más de ritmo. ¡Joder, qué calor! Es casi mediodía, no debí venir tan tarde... ¡Sin excusas, zorra! Aprieta los dientes y jódete, no haber trasnochado tanto ayer. Ritmo, necesito ritmo. Vale, así está bien por ahora... Bendita sombra. Ahí viene el punto kilométrico cinco. Tiempo. ¡Mierda! Cuatro veinticinco. No me jodas, Rita, tú puedes hacerlo mejor. ¡Aprieta, cabrona! ¡Dale caña! La respiración, controla la respiración. ¡Bien! Así está mejor. Ahora, sube el ritmo un poco más... ¡Claro que puedes! Con la misma facilidad que te bebiste el segundo martini anoche, ¿te acuerdas?*

Rita Carrera corría por el circuito de jogging del Parque Central de Ciudad de la Bahía bajo un sol de justicia, aliviado solo ocasionalmente por la sombra de alguno de los árboles que jalonaban el recorrido. Vestía un ajustado *short* blanco de lycra y un multicolor top de algodón que dejaba al descubierto el piercing de plata de su ombligo.

Desde luego, podía permitirse tan atrevida indumentaria: tenía un cuerpo delgado y fibroso, sin el menor asomo de materia grasa en los elásticos músculos que la impulsaban sobre la tierra compactada de la senda deportiva. La camiseta empapada en sudor revelaba unos pechos firmes y de pequeño tamaño. Además era extraordinariamente hermosa, con esa clase de belleza extraña y enigmática que se esconde en los ojos y en pequeños gestos del rostro al sonreír o hablar, que se resiste a quedar plasmada en una placa fotográfica, y que sin embargo puede arrastrar a los hombres a cometer las mayores locuras.

El pelo, corto, peinado en desordenados mechones menos casuales de lo que parecía a primera vista, era de un rubio platino casi blanco, a juego con los múltiples adornos de plata que portaba en orejas, nariz, labio inferior, cuello, muñecas y todos los dedos de

ambas manos.

Nunca se los quitaba, ni para correr, ni para ducharse, ni para dormir, a causa de una superstición absurda de la que no podía desprenderse: estaba convencida de que mientras los llevara puestos nada malo podría ocurrirle.

*Kilómetro seis. Tiempo. Cuatro diez. ¡Buena chica! ¡Ya vas entrando en calor! Venga, ánimo, nena. Por debajo de cuatro los dos próximos. Por los dos martinis de anoche, ¿vale?*

La aparición de otro corredor por su derecha interrumpió la corriente de pensamientos vagos e inconexos en los que Rita se sumergía mientras devoraba kilómetros. Vio por el rabillo del ojo que se trataba de Jimmy, tan engominado y peripuesto como de costumbre, con unas zapatillas último modelo igual de blancas e impecables que si hubieran acabado de salir de la caja, lo que no era improbable en absoluto. No tardó en ponerse a su altura.

—¡Eh, Rita! ¿Cómo va eso? —la saludó con entusiasmo.

—Qué hay, Jimmy.

Hacía demasiado calor, así que el parque estaba prácticamente desierto. Tan solo se vislumbraban algunas parejas en los bancos a la sombra, haciendo lo que siempre hacen las parejas en los bancos a la sombra. El recién llegado corrió en silencio unos segundos intentando adaptar su tren al de Rita, mucho más veloz pese a tener la zancada más corta.

—¡Vaya ritmo que llevas! ¿Intentas... arf... batir algún récord? —bromeó torpemente, con la esperanza de que Rita captase la indirecta y redujera su velocidad.

—He corrido poco últimamente —explicó Rita sin mirarle siquiera.

—Pues no se nota... arf... ¿Y qué es de... uf... Charlie?

Rita hizo un gesto de fastidio y mantuvo la vista firmemente enfocada al frente. Pero Jimmy, que no destacaba por su sutileza y cuyo cerebro empezaba a notar los efectos de la deuda de oxígeno, pensó que no le había oído e insistió en el doloroso asunto.

—¿Ya no corréis juntos?

—Decidió que no le gustaba mi forma de correr —dijo por fin Rita lanzándole una mirada lo bastante fría como para congelar el infierno.

—¡Vaya...! —balbuceó Jimmy, azorado tanto por su torpeza como por la falta de resuello—. Arf... Lo siento... No sabía que...

—Ya. Voy a correr un poco por lo verde —le cortó Rita saliendo de la senda para internarse en el césped. Jimmy no hizo

ademán de seguirla.

—Arf... Si... yo voy... enseguida...

La esbelta corredora coronó un pequeño promontorio y giró a su derecha hacia un sector del parque más umbrío y agreste. Antes de desaparecer entre los árboles pudo ver cómo Jimmy se paraba y se doblaba sobre el estómago con el rostro congestionado.

*Capullo*, pensó fastidiada.

De pronto, convirtiendo su ira en determinación, apretó los dientes y subió aún más el ritmo de su carrera, iniciando un furioso sprint que la llevó a internarse en la zona más boscosa del parque. Enseguida estuvo rodeada de árboles cuyas ramas la rozaban al pasar y por un momento se sintió libre y ligera, en perfecta armonía con su cuerpo y la naturaleza.

El silencio la envolvía, sólo se oían algunos pájaros y grillos. Allí, entre la espesura, resultaba difícil creer que aquello no era un bosque auténtico, sino tan solo una pequeña isla de vegetación en medio de un océano de edificios y asfalto. Una mega-ciudad de veinte millones de habitantes con una tasa de polución altísima y graves problemas sanitarios, como le recordó el pestilente olor que trajo a su nariz una ráfaga de viento.

Lentamente, empezó a reducir la frecuencia de su zancada, cansada por el esfuerzo y recordando que aún tenía que salir del parque y recorrer tres kilómetros por la ciudad antes de llegar a su apartamento. Se desvió por una senda lateral para dirigirse hacia el lago, cuyas aguas azul-verdosas podía ver brillar a través de las hojas de los últimos árboles y arbustos que la separaban de la zona despejada.

En aquel momento, un súbito movimiento entre las sombras la puso en alerta, y un instante después un animal que no pudo ver bien se arrojó sobre ella gruñendo ferozmente.

Rita, sorprendida, rodó por el césped abrazándose instintivamente a la fiera. Se trataba de un enorme perro de presa de poderosas mandíbulas y aspecto feroz. Giró sobre sí misma e intentó levantarse apoyando una rodilla en el suelo, pero el animal se abalanzó de nuevo sobre ella y volvió a derribarla.

—¡Satán! ¡Satán, no! ¡Ven aquí!

El dueño del peligroso perro, un gordo cuarentón con chándal que lo llevaba imprudentemente suelto, corría hacia ellos llamando a gritos a su mascota, sin que ésta le hiciera el menor caso. Al llegar hasta el lugar donde Rita y el dogo rodaban por el suelo tenía el rostro lívido... más por la probable demanda que se le venía

encima que por la posibilidad de que Satán le hiciera daño, todo hay que decirlo.

Su angustia se transformó en pasmo al ver que su feroz y agresivo animal no estaba intentando morder a la chica sino ¡jugando con ella!

Rita apenas podía contener la risa bajo las húmedas lengüetadas del “monstruo”. Finalmente, consiguió apartarlo y ponerse en pie, aunque el animal siguió empujándola con la cabeza en demanda de caricias, sin prestar la menor atención a la llegada de su dueño.

—¡Quita, tonto! Ahora no puedo jugar más —le dijo cariñosamente rascándole detrás de una oreja—. ¡Siéntate!

La mandíbula del dueño se desplomó dos centímetros más al ver que el perro acataba tanto las caricias como las órdenes de la desconocida.

—Es increíble —musitó con cara de lelo—. Normalmente no deja que le toque nadie que no sea yo.

—Pues ya es desgracia, ¿no? —le espetó Rita antes de reemprender la carrera y dejarle con la palabra en la boca.

En realidad, el incidente no guardaba ningún misterio para ella: ya desde niña se había dado cuenta de que por alguna extraña razón la mayor parte de los perros la adoraban. De hecho nunca se había encontrado con ninguno, por muy agresivo o fiero que pareciera, que la hubiera atacado.

Veinte minutos después, Rita llegó a su calle y se puso a hacer estiramientos. En verano siempre los realizaba fuera, apoyada en el escaparate de una tienda cerrada desde hacía años. En cuanto se agachó, sintió de una manera casi física cómo se clavaba en su culo la mirada lasciva del viejo verde que se pasaba el día asomado a una ventana del edificio de enfrente. Al poco rato, empezó la habitual discusión entre el mirón y su gorda y desagradable mujer, que concluyó con el violento cierre de la persiana, no sin que antes se escuchara con toda claridad la palabra “puta”.

*Que se jodan, pensó. Tengo derecho a estirar aquí, ésta también es mi calle.*

El barrio era de los que las estadísticas censales califican eufemísticamente como de clase media-media, lo que en la práctica quería decir media-baja... con tendencia a seguir bajando. Apenas había negocios abiertos. Por el contrario, los múltiples bajos comer-

ciales con rejas metálicas echadas y carteles de ‘se alquila’ daban fe de que la zona había conocido mejores tiempos en el pasado.

Los escasos vehículos aparcados en las aceras sólo eran de dos tipos: modelos antiguos y abollados, a un paso del desguace, o coches del año sospechosamente nuevos y brillantes. A los primeros les hacía falta una buena mano de pintura, a los segundos les pasaba lo contrario: les sobraba una.

Al otro lado de la calle había un taller mecánico que se dedicaba al lucrativo negocio de dar capas de pintura innecesarias. Los dos operarios que trabajaban en el interior silbaron cuando Rita se giró para estirar la otra pierna y gritaron algo en un idioma extranjero, pero no les hizo caso.

Terminados los estiramientos, sacó su llave y se disponía a subir los cinco pisos sin ascensor que la separaban de su pequeño apartamento, cuando una voz la detuvo.

—¡Eh, Rita! ¡Un momento, nena!

La voz pertenecía al señor Polanski, su casero, un tipo desagradable y grasiento que vivía en el primer piso y al que evitaba cuidadosamente desde hacía varias semanas.

—A ti quería echarte yo la vista encima —dijo el hombre cruzando la calle con sorprendente agilidad teniendo en cuenta que pasaba de los sesenta.

—No lo dudo —replicó Rita con intención. A Polanski se le iban los ojos a las tetas y el culo de las mujeres. No recordaba que jamás la hubiera mirado a la cara.

—¿Eh?

—Nada, hombre. Que qué tal está su mujer.

La pregunta tenía mala uva: en el barrio era “vox populi” que el casero y su esposa se llevaban a matar. Cada vez que alguno de los dos se emborrachaba, lo cual ocurría varias veces por semana, en su casa volaban por los aires todos los objetos de tamaño inferior a un armario ropero y los gritos atronaban el vecindario.

—No cambies de tema —dijo el viejo con un brillo de astucia en la mirada—. La renta. Ya me debes dos meses.

Rita adelantó las caderas, mostrándole con un expresivo gesto de las manos que en su ajustado pantalón no había sitio para ningún tipo de bolsillo.

—¿Te parece que lo llevo encima ahora?

—No, bueno... —dijo, reculando—. Ahora mismo no, pero...

—Cuando baje te lo doy —le cortó Rita, intentado explotar la ventaja que había obtenido—. He estado muy liada últimamente.

Empezó a subir la escalera, pero el otro no se dio por vencido tan fácilmente.

—De eso nada, voy contigo y me lo das ahora mismo.

Rita subió los escalones de dos en dos con la esperanza de dejarlo atrás, pero la posibilidad de cobrar y la buena perspectiva sobre su culo pusieron alas en los pies del arrendador. Cuando llegaron al rellano de su piso, lo tenía tan pegado que casi tuvo que empujarlo para poder meter la llave en la cerradura. Abrió la puerta y se giró para encararle.

—Tengo que ducharme. ¿Puedes esperar un poco o vas a meterte en la ducha conmigo?

La sugerencia de Rita y la veloz ascensión dejaron sin aire por un momento al pegajoso individuo, lo que aprovechó para darle con la puerta en las narices. Con la espalda apoyada contra ella, todavía pudo oírle decir la última palabra.

—Vale. Pero cuando bajes me pagas, ¿eh? ¡Estaré vigilando!

Leo devolvió los restos de la hamburguesa que había estado comiendo a su envase, lo arrugó de cualquier manera y encestó con maestría en la papelera... de la mesa de Delgado, situada dos metros a la derecha de la suya. El veterano detective empezó a protestar de inmediato.

—¡Por Dios, Leo! Tira esa mierda al contenedor, la papelera es para papeles. Pa-pe-les, ¿entiendes?

—Calla, viejo gruñón —bromeó, metiéndose un chicle en la boca—. La visita al vertedero me ha inspirado, a partir de ahora lo tiraré todo en cualquier sitio.

—Genial. Anda, acaba el informe del caso Flowers mientras yo remato éste, y nos ponemos con lo del cadáver troceado.

—¿Todavía no hay identificación?

—Sanders ha mandado uno de los suyos a por una muestra de ADN del matrimonio Bonn, para compararlo. Si es su hija, lo sabremos antes de que acabe el día.

—¿Y ha mandado ya el informe sobre la furgoneta?

—Sí, pero no he tenido tiempo de mirarlo —gruñó Delgado apagando un cigarrillo en el atestado cenicero de su mesa—. De hecho, ni siquiera tengo tiempo de hablar contigo. ¡Venga, a currar!

—Vale, vale.

Los dos colegas trabajaron en silencio durante un rato aprovechando la tranquilidad que reinaba en la comisaria a la hora de la

comida. Sólo ellos y otros tres detectives ocupaban la amplia sala de la sección de homicidios del Distrito Seis en aquel momento. El espacio estaba dividido mediante mamparas transparentes, a modo de cutres despachos sin techo ni intimidad, de apenas seis metros cuadrados cada uno. Leo y Delgado habían sido condenados al más pequeño y alejado de los disponibles a causa de la molesta adicción al tabaco de este último.

Leo terminó antes, ya que su informe era pura rutina. No había pistas, ni móvil, ni sospechosos: caso cerrado. Uno más de los cientos de crímenes sin resolver que se archivaban cada año con la vaga esperanza de que un descubrimiento posterior los reactivara. Algo poco probable en una ciudad donde tenían lugar más de doce asesinatos diarios y los policías como Leo y Delgado estaban sobresaturados de trabajo.

Mandó los datos a la impresora y activó el comando 'imprimir' en el menú desplegable, pero nada ocurrió.

—¡Maldito cacharro! —blasfemó aporreándola—. Ya ha vuelto a estropearse.

—¿Has probado a encenderla? —dijo Delgado sin desviar la mirada de la pantalla de su propio ordenador.

—Eem... sí —murmuró Leo, apretando con disimulo el botón correspondiente. La impresora se puso en marcha y empezó a tragar papel de inmediato—. ¡Vaya, ahora va bien! No hay quién entienda estos trastos.

—Sí, son un misterio insondable —se burló Delgado, que conocía bien la torpeza de su compañero.

Terminó su propio informe y también lo imprimió. Tras firmarlos y ponerlos en una bandeja para que un ordenanza se los llevara más tarde, se sentaron juntos a leer el que les había mandado Sanders. Confirmaba que la furgoneta accidentada en el verdedero era una Sébax 2012 negra con cristales tintados.

—Es un buen principio —afirmó Delgado—. Veamos cuántas hay por ahí.

Conectó su computadora a la base de datos de la Departamento de Tráfico y solicitó una lista de las Sébax 2012 de color negro matriculadas. Encendió un pitillo mientras esperaba a que llegaran los resultados. Sólo tardaron treinta segundos. Leo silbó al ver el número.

—¡Joder, doscientas treinta y siete! Vamos a necesitar ayuda.

—Espera, eliminaré las que no tienen cristales tintados y las

matriculadas durante los últimos tres meses.

Los huesudos dedos de Delgado volaron sobre el teclado. La lista quedó reducida a poco más de cien entradas.

—Listo —dijo—. Éstos habrá que comprobarlos uno por uno. Abre el puerto de infrarrojos, voy a transmitir las direcciones a nuestros móviles. —Lo hizo—. Ya está. Ahora, si estableces un vínculo entre ese archivo y el GPS, aparecerán en la pantalla.

—¿Y eso cómo se hace?

—En ‘opciones’ tienes un menú que... Trae, yo lo haré —dijo Delgado quitándole el terminal de las manos—. Y a ver si te lees el manual de instrucciones un día de éstos, ¿eh?

Leo sacudió la cabeza.

—Ni de coña. ¡Tiene más de doscientas páginas!

—Muy bien, pues sigue siendo un ceporro tecnológico toda tu vida. —Le devolvió el teléfono y echó una ojeada a la lista—. ¡Vaya! Aquí hay algo interesante...

—¿Qué? —preguntó Leo.

—Diecisiete de esas Sébax pertenecen a una misma empresa: PANTHER S.A. ¿Qué te parece?

—Que PANTHER se ha ganado el honor de ser el primer sitio que visitemos —dijo Leo poniéndose en pie y cogiendo su chaqueta. Los artilugios electrónicos no eran su fuerte, pero desde luego era un hombre de acción—. ¿Vamos?